

broad and all-embracing approach to Leadership, Ethics, and Corporate Responsibility—then our own unilateral efforts will certainly fail. The real issue, therefore, is not whether Leadership, Ethics and Corporate Responsibility can be integrated successfully into our educational programs and our organizations. Experience confirms that we can succeed in both fronts. The real issue is whether our collective will is sufficient in breadth and duration. It may not be. Business schools necessarily reflect the preoccupations and values of their broader social context. They embody (and even distill) the pragmatic, materialistic, restless quality of twentieth-century America."(p.168).

### Una Última Reflexión Sobre Nuestra Realidad

Entre nosotros el tema ha sido motivo de abundante controversia. Hay desde quienes —en extraña mezcla de pensamiento decimonónico con el desasosegado pragmatismo materialista que denuncia Piper— piensan que la reflexión ética no tiene lugar en el entrenamiento de los estudiantes de las diversas ciencias económicas, hasta aquéllos, cuyos nobles esfuerzos quedan más o menos aislados y estériles, como los que se refieren en la introducción.

Dos de los intentos más consistentes han aparecido con diferencia de unos cuatro años: el de Bernardo Regal de la Universidad de Lima y el de Eduardo Schmidt de la Universidad del Pacífico<sup>2</sup>. El hecho de que sus fechas coincidan tanto con el programa de Harvard nos permite darnos cuenta, no sólo de lo avanzado de las preocupaciones de más de un profesor peruano, sino también de que nos enfrentamos a un fenómeno de alcance mundial, subrayado muy especialmente, por el avance de las comunicaciones y sobre todo de la inscripción del comercio internacional en una economía cuya escala alcanza cada vez más una dimensión planetaria.

Ciertamente es de capital importancia considerar que las reflexiones precedentes (ni siquiera aquellas que denuncian frontalmente el vacío ético de la actual civilización) no provienen de ningún sector oscurantista o caver-

nario de la sociedad, sino antes bien, de aquellos que tienen el prestigio y la responsabilidad de formar a la avanzada profesional, económica y administrativa, de los EE.UU. y, por tanto, de alguna manera también del mundo. Nuestro país ha tenido, amén de grandes originalidades, una secular tendencia a imitar con enorme retraso las modas del mundo desarrollado, lo mismo en poesía que en economía. Hoy, sin embargo, las condiciones histórico-sociales por las que atravesamos —que incluyen, por igual, la punta de la avanzada, en más de un aspecto, y residuos medievales y hasta prehistóricos, en otros— representan un extraordinario campo de reflexión y cultura ética, cuyo desperdicio, en secular usanza nacional, sería realmente vergonzante.

Raúl Valenzuela

### NOTAS

- (1) Todas las citas son de la edición dada en el encabezado. He preferido mantener la versión original en inglés, para evitar los riesgos del error de traducción por dificultades de contexto.
- (2) Bernardo Regal, *Fundamentos de Ética Profesional*, Lima: Universidad de Lima, 1988; y Eduardo Schmidt, *Moralización a Fondo. Un aporte a la luz de la teoría del desarrollo humano de James W. Fowler*, Lima: Universidad del Pacífico, 1993.

**Gustavo Gutiérrez.** *En Busca de los Pobres de Jesucristo. El pensamiento de Bartolomé de Las Casas.* Lima: Centro Bartolomé de las Casas, 1992, 700 pp.

El padre Gutiérrez es, sin duda alguna, uno de los pensadores más creativos e interesantes de nuestra patria. Es un hombre profundamente comprometido con la causa de Cristo que es, al mismo tiempo, la causa de los pobres; es decir, no sólo de aquellos que carecen de bienes materiales, sino de los despreciados, marginados, oprimidos o discriminados por factores económicos, o por razones raciales, religiosas, culturales o de cualquier otra índole.

El padre Gutiérrez elaboró esta visión de las cosas en la *Teología de la Liberación*, una obra en la cual se analiza la visión del mundo que nos transmite la Biblia, enfocando, con énfasis, el elemento "intra-histórico"; Dios nos salva y nos libera en la historia ayudándonos a conseguir un mundo mejor. Moisés, ayudado por Dios, se constituyó en el liberador de un pueblo oprimido; los profetas fueron voces que denunciaron la injusticia y la opresión buscando una relación realmente más humana entre los habitantes del pueblo elegido.

Cristo va más allá, rompe las barreras nacionales y universaliza el mensaje del amor y la solidaridad con el "pobre" que es el hambriento, desnutrido, encorvado y sufriente.

La lógica conclusión, que Gustavo Gutiérrez no evade, es que la construcción de un mundo más solidario y justo en un continente marcado por la miseria y el despojo, lleva a modificar el orden social "radicalmente" buscando ir a la raíz del mal.

Dado el contexto intelectual de los años 70 y las referencias del libro a la teoría de la dependencia; hubo quienes interpretaron "liberación" como socialismo, incluyendo allí todas las deformaciones que marcaron al "socialismo real". Este asunto es ya un problema superado, en el contexto del gran cambio que viven en la actualidad todas las corrientes humanistas y progresistas para enfrentar las secuelas de la postguerra fría y la tiranía intelectual del neo-liberalismo, con su escuela de indiferencia ante los dramas sociales; culto al egoísmo e incremento monstruoso de las desigualdades económicas y culturales.

### La Historia Señala el Futuro

Eduardo Galeano dice que "la historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás: por lo que fue y contra lo que fue, anuncia lo que será". Gustavo decidió ingresar con paso firme en el pasado; hizo historia con seriedad y erudición; nos introduce en el lejano siglo XVI, un mundo cuyos instrumentos intelectuales eran muy distintos a los nuestros: no sólo no existían las ciencias sociales, sino que muchas palabras que son de uso cotidiano, aún no eran

utilizadas. Si leemos el análisis de Lucien Febvre, *El Problema de la Incredulidad en el Siglo XVI: La religión de Rabelais*, nos puede llegar a parecer casi milagroso que, con tal clima intelectual, se pudiera ingresar al estudio de problemas sociales.

En ese contexto, penetra el autor y luego nos acerca al personaje de la obra, quien es tratado con cariño; pero sin que por ello el autor pierda la capacidad de análisis. Las Casas era, simplemente, un cristiano consecuente; un hombre decidido a vivir de acuerdo a los mandatos que Cristo nos dio. Él tuvo que reconocer que hacerlo es difícil, porque, si se quiere de veras vivir de acuerdo al mensaje divino hay que dejar de lado todos los acomodos pseudo-legalistas; en resumen y para hablar claro, superar todos los "fariseísmos postcristianos".

Esa autenticidad supone sacrificios y lleva a enfrentarse al mundo y a no callar; en suma, a luchar contra aquellos que se benefician con las injusticias; y, esos que utilizan el intelecto para justificar aquello que es injusto y contrario a la voluntad de Dios. Bartolomé lo entendió pronto cuando renunció a la encomienda porque no quiso ser parte de un sistema que era fuente de injusticia.

Más adelante, Las Casas, al ir madurando su obra, descubre que hay una causa suprema que lleva al pecado (al robo, la violación, el homicidio) esa causa es la codicia. La sed de oro; discrepando con teólogos, como Sepúlveda, defensores del orden colonial argumentaban (no sabemos si por ser intonso o cínicos) que las guerras de la conquista eran "justas" porque se buscaba convertir a los paganos; pero, dadas las condiciones de las Indias, era necesario "sujetarlos" y dominarlos; porque si el indio permanecía pagano, se condenaría. Por tanto, esta sujeción era en provecho de esos paganos; dado que sólo así obtendrían la salvación eterna. Las Casas cuestionó una conversión basada en la fuerza y señaló que, por culpa de esas guerras, se condenarían muchos españoles. Además, llegó a sostener que más vale indio pagano vivo que indio cristiano muerto.

### Criterio Amplio

Lucien Febvre, el gran historiador francés, al referirse a Erasmo se refiere a la "eterna lucha" que llevan a cabo los hombres de mente estrecha, limitada y obtusa contra aquellos que saben superar los prejuicios y la "sabiduría convencional" de su tiempo. Si Erasmo era uno de ellos; es indudable que también lo fue Las Casas; el cual pronto entendió que no sólo estaba hiriendo prejuicios o visiones estereotipadas de la realidad, sino que tras esos prejuicios se ocultaba el interés pecuniario de quienes se beneficiaban con la marginación, el despojo y la opresión de los indios.

Bartolomé lo entendió tan bien que pronto escribió que los españoles tenían por su dios al oro; era el oro y no la cruz lo que los movía. La lógica de Las Casas se basaba en la observación directa de los hechos; sus adversarios, reclusos en sus torres de marfil seguían hablando de una realidad indiana que respondía sólo a un conjunto arbitrario de conceptos elaborados en las mentes de los teólogos; a partir de la filosofía aristotélica; o, sedudas interpretaciones de los más importantes autores medievales; y, por tanto, nada tenían que ver con el mundo de lo existente.

No sólo Las Casas tenía una gran capacidad para partir del mundo real en sus reflexiones intelectuales; tenía también una insólita capacidad para reaccionar en forma creativa y enfrentar problemas inéditos. Para empezar se dirige a los españoles diciendo que pensaríamos de otro modo "si fuésemos indios"; esto supone ir muy lejos, tratar de ver la historia "desde el reverso", cosa casi imposible para el vencedor; el dominante. ¿Cómo el amo puede entender el punto de vista del esclavo? Sólo plantearlo es un paso gigantesco.

Bartolomé no sólo se preocupa de la violencia de la conquista; se interesa por la "destrucción", es decir, la catástrofe demográfica del siglo XVI y, la destrucción de la naturaleza, lo cual da sorprendente actualidad a sus razonamientos.

No sólo vio la historia "desde la visión de los vencidos", sino contempló con profundo respeto a las culturas distintas del Nuevo Mun-

do, su diferente ordenamiento legal, familiar, sus extraños rituales. Las Casas es capaz de mirarlo todo con los ojos de quien busca comprender, antes de juzgar. Cuando Sepúlveda argumentó que los indios violaban la ley natural con sus prácticas incestuosas, con la sodomía tolerada y, lo más grave, con los sacrificios humanos; Las Casas se mantuvo firme, argumentando que había un único modo de evangelizar: el utilizado por Jesús y los apóstoles.

El argumento más "escandaloso", sin embargo, fue el señalamiento de los españoles como idólatras porque, en los hechos, adoraban el oro. Las Casas fue un pensador dedicado a una dura lucha intelectual y jurídica; desde que pudo comprender la injusticia que imperaba en las Indias, se aproximó a las víctimas; de allí en adelante, todo su trabajo intelectual se orientó a servir a estos "pobres de Jesucristo", tratando de lograr la eliminación de la causa profunda de esos males: el sistema colonial y, principalmente, la encomienda.

Hay un acápite que es quizá el que más se aproxima a todos los creyentes de hoy "Obras, No Decires"; se trata de algo muy claro teológicamente, los humanos se salvan por su conducta, no por sus palabras. Allí se compara a los españoles, cristianos formalmente (y de palabra), frente a los paganos que no profesan la fe, en gran medida debido al mal ejemplo de los europeos; pero dice Bartolomé, quizá haya muchos de ellos en el Reino; retornando a las fuentes, recuerda que habrá preferencia por paganos, publicanos y prostitutas antes que esos que proclaman jactanciosamente su fe y sus virtudes, sin cumplir con el mandato de amor hacia los más pequeños.

No se puede dejar de mencionar otra de las audacias de Las Casas: es preferible "indio pagano vivo a indio cristiano muerto". De este modo, el dominico del siglo XVI es un ejemplo de autenticidad cristiana que rompe con aquellas teologías de la justificación que muchas veces quieren desnaturalizar el cristianismo para convertirlo en soporte del poder. Una vez más, en el siglo XVI como hoy: el gran inquisidor contra Cristo.

El autor hace gala de una profunda erudición histórica; se trata de un trabajo de

---

gran profundidad y seriedad, pero Gustavo, al igual que Las Casas, no cree en el intelecto ni la erudición como fines en sí mismos; el autor siente el mismo compromiso vital que fray Bartolomé con los despojados, marginados y cotidianamente humillados.

El revivir la vida y el pensamiento de un hombre que fue, de un lado, no sólo sacerdote sino cristiano auténtico, comprometido vitalmente con las mujeres y los hombres concretos de este continente de grandes sufrimientos, constituye mucho más que un meritorio ejercicio intelectual; ello se descubre desde la dedicatoria, a sacerdotes nacidos en España

que derramaron su sangre, sacrificándose por los pobres de Jesucristo, de estos días. Estas reflexiones son importantes cuando el peso terrible de una ideología que exalta el egoísmo y fomenta objetivamente la desigualdad, quiere imponerse como la única alternativa; y, lo más serio, cuando en algunos países (como el nuestro) se alzan voces eclesiales que, en un estilo que recuerda mucho a Sepúlveda, colocan la razón de estado por encima de los derechos de la persona humana.

César Arias Quincot